

plió tan pronto, pues bien puede asegurarse que á los catorce años ya era inquisidor. Desde la risueña infancia se lanzó en las llamas del Santo Oficio cual nuevo Luzbel que trocara el éter de los cielos por el fuego de los abismos. Su persona pasó la vida como la estatua que se levanta sobre el sepulcro en oracion continua. Jamás soltó su raído sayal, pegado al cuerpo como la mortaja y el sudario se pegan al cadáver. En su concepto no prescribía el crimen ni se guardaba en la tierra piedad y perdon para el criminal. Así, no solamente persiguió todos los delitos perpetrados en su tiempo, sino que persiguió delitos de otros días, sobre los cuales no se extendió jamás ni su jurisdiccion ni su autoridad. No se contentaba con querer la justicia; quería la vehe- mentísima y fogosa, como si su espada fuera una espada de combate y exterminio. Excitaba los jueces bajo sus solios como pudiera un general excitar á los soldados en pelea. Como las hienas, este hombre de virtud, no perdonaba ni á los cadáveres dormidos en la tierra y juzgados por el Eterno. Aborto en su idea, iluminado solo por su siniestra conciencia semejante al sol del Juicio Final, no recibía ni las impresiones externas ni mucho menos el pensamiento y el juicio de los demás en su alma inaccesible y helada como las níveas alturas del planeta. Jamás se convencía con la conviccion ajena, y jamás se persuadía, jamás, al ajeno impulso; por tanto inútil toda observacion á él, inútil con él todo debate. Irrevocables sus juicios, irremisibles sus determinaciones; inútiles por tanto los consejos. Cualquier advertencia parecía un desacato. Poco entendido en derecho y en política, no se asesoraba de nadie. Como si las necesidades humanas y su imperio se frustrasen para él, dormía poco, y aun comía menos, y no bebía nada. En el decir era tan sobrio como en el comer y en el beber. Así no departía con las gentes, y cuando estaba desembargado de los negocios, oía con atencion largas é interesantes lecturas. Lo bilioso de su temperamento, lo seco de sus carnes apergaminadas, lo duro de sus huesos, lo flaco de su cuerpo, lo hundido de sus ojos, lo calvo de su cabeza y lo espeso, luengo y blanco de su barba dábanle majestuoso, aunque extraño, aspecto. Educado en el claustro, tenía las virtudes claustrales. Su cámara en el espléndido Vaticano asemejábase á la celda estrecha de su antiguo cenobio. Desconfiado de la palabra de los demás, cumplía leal y estrictamente la suya. Aunque virtuosísimo por naturaleza, tenía de los viciosos

lo mal pensado. Naturaleza tan reconcentrada en sí misma no podía estar dotada, no, de cualidades oratorias. Aunque perteneció á la órden de los predicadores, jamás fué predicador. El universo para él se contenía en la inquisicion, que aumentaba con sus crueldades la nativa crueldad de aquella terrible alma. La cólera le poseía con frecuencia y coloraba su rostro como por el reflejo de una roja llama inquisitorial. Celoso de la religion, exigía celo idéntico al suyo de todos los que no participaban ni de su fe viva en el creer ni de su actividad vertiginosa en los actos y procederes de la vida. Espoleaba de tal suerte al clero que le quería hacer virtuoso por fuerza; como si todo el mundo pudiese dormir lo poco que él dormía; comer lo poco que él comía; y exentarse, como se exentaba él, de irremisibles necesidades humanas. Natural en su complexion la virtud, no la estimaba tanto como debía en los demás; ni la amaba con la misma intensidad que aborrecía el vicio. Necesitado en aquellas alturas de ajenas confianzas, no se confiaba jamás á nadie ni en nadie confiaba. Desconocía la ambicion, y la avaricia, y la debilidad, pero también el cariño y la ternura. Quizás aquel hombre ni se había reído ni había llorado nunca; especie de algebraica cifra, como la que buscaba Loyola en los autómatas apercebidos por sus ejercicios religiosos.

Y sin embargo de todo esto, las intenciones de aquel hombre tan extraño eran esencialmente piadosas. Su triste austeridad cuadraba mucho al dominio del jesuitismo, al furor de la inquisicion y al odio de las guerras religiosas. En medio de la fortuna continuó pobre, como al llevar el saco de mendicante sobre las espaldas. Así pugnó desde su juventud hasta su muerte por el esplendor de la ortodoxia en los dogmas y por la pureza de vida en el clero. Cuanto mas combatida veía la omnipotente autoridad de los Papas, mas la exageraba, y atribuyendo los progresos de la Reforma religiosa, no á la virtud de sus ideas sino á la corrupcion de clérigos y laicos, trataba de purificar á unos y otros, aunque fuese por medio de las llamas. Así tomó la tea inquisitorial y aplicóla con la implacable caridad con que aplican los médicos á la gangrena el cauterio. Inquisidor por naturaleza propia y por designacion pontificia, ejerció este cargo en Bérgamo y en Como con tal furor, que los pueblos fuertes, capaces de resistirse, le perseguían y le apedreaban, mientras los pueblos débiles, incapaces de resistirse, huían á su presencia. Cuántas



noches pasó en las cavernas de los brutos y alimañas salvajes, á guisa de criminal, esquivándose á los somatenes suscitados para perseguirlo y para matarlo. Este celo, verdaderamente horrible, le atrajo la imprudente amistad y afecto de los que creían necesario el celo religioso y el Papa exterminador al frente de las sociedades modernas, para conducir las al combate con la revolución religiosa. Elevado por los títulos de sus furores y de sus odios, creía necesario extremarlos en el trono y fué un verdadero inquisidor coronado.

Todo su furor se consagró á recabar del mundo la observancia ciega y automática de los preceptos religiosos. Debían los médicos imponer cada tres días confesión general á los enfermos; y si á ello se negaban, abandonarlos en sus enfermedades para que se los llevaran más pronto la muerte y el infierno. Todo blasfemo debía saber que un hierro candente estaba siempre aparejado á taladrar ó consumir las lenguas vociferadoras de blasfemias. Mandaba sobre los príncipes de la tierra como pudiera mandar un capitán sobre sus soldados; les negaba de plano hasta el derecho de percibir los impuestos sin su correspondiente anuencia. Todos sus decretos y todas sus bulas se dirigían á promover la universal restauración; y para ello, lo mismo descargó sus golpes sobre las gentes civiles, que sobre las gentes eclesiásticas. Sus procuradores procedían contra los obispos manchados de simonía ó poco atentos á la residencia, como pudieran proceder sus inquisidores contra los herejes. Los párrocos tuvieron que vivir y morir pegados á sus parroquias. Los conventos se vieron celados, rehechos, reconstituidos en la severidad absoluta de su disciplina bajo las terribles amenazas de los mayores castigos. Agravóse con grandes gravámenes el encierro de las monjas. Los funcionarios y ministros civiles tomaron bajo aquella férrea voluntad pontificia el aspecto de funcionarios y ministros sagrados. Vivía de tribunal en tribunal, de audiencia en audiencia, dando veredictos implacables é imponiendo penas terribles. Nadie, por tanto, alcanzó la obediencia, que aquel hombre de hierro. Llamaba, pues, á todas las puertas para que le cedieran y entregaran todos los procesados por herejía. Cosme de Médicis tuvo que remitirle el gran literato Carneccio, así como Felipe II el gran cardenal Carranza.

Enviaba por todas partes visitadores é inspectores para que le informa-

sen de la situación del clero y del buen gobierno de las iglesias. Estos visitadores suyos encontraban dificultades en los derechos y atribuciones de que se creían revestidos los poderes civiles y laicos, pero las superaban impulsados por el Papa que mantenía la detestable bula «*In cœna Domini*» al par que se burlaba del «*Regium exequatur*.» Los cánones del concilio de Trento valieron en todas partes merced á su imperiosa resolución y á su tenaz empeño. Los jesuitas crecieron bajo sus alas, á pesar de la oposición que hallaron hasta en la España de Felipe II, tan desolada por las hogueras del Santo Tribunal. Los breviarios antiguos se refundieron para que solo rezaran los clérigos en el breviario redactado por la romana curia. El misal de todas las iglesias fué lo uniforme y uno que consentían los tiempos. Así penetró igual espíritu en todos los pueblos católicos y se alzó la clerecía romana, después de tantas perturbaciones y decadencias, á un soberano é incontrastable poderío. El odio que profesaba en su seno á todos los cristianos disidentes, llevóle á mil empresas fantásticas é imposibles, como la de proponer una cruzada para ir á conquistar á Inglaterra, ofreciéndose á ser en persona el capellán mayor de tal ejército. En las guerras religiosas de Francia, en las discordias armadas entre hugonotes y católicos, auxilió, como era natural, á estos, y los auxilió con armas y dinero. Mas lo que no era natural; qué digo natural, concebible, á pesar del carácter y del temperamento de tal Pontífice y tal Pontificado, es que, al despedirse de sus tropas dijera sin escrúpulos á Sirtori, jefe de ellas, según nos cuenta el mismo Catena en la *Vida de Pio V*, que no hiciese prisionero alguno, sino que degollara en el acto á cuantos enemigos cayeran en sus manos. Así, aquellos labios que debían haber bendecido al género humano por llevar el Verbo de Cristo, soplaron sobre Europa el huracán de la desolación. Interrogábase bajo su mando á todas las gentes acerca de los más abstrusos problemas de la fe, y cuando respondían á estas interrogaciones con alguna incorrección ó con algún descuido, se les enviaba inmediatamente al tribunal de la fe para que ejerciera sobre todos ellos sin misericordia su terrible ministerio de purificación. El espionaje intelectual y moral se llevaba tan lejos, que los padres no se atrevían á departir de doctrina cristiana con sus hijos, ni con sus esposas los esposos, pues algunos habían sido castigados hasta por lo que dijeran en



sueños; y herejes, por milagro huidos á la persecucion universal y muertos incólumes, habian sido desenterrados para ejercitar la impía justicia inquisitorial en sus podridos cadáveres. Las Universidades quedaron despobladas, pues se tomaba por herejía horrible cualquier espontáneo movimiento del humano espíritu. Creció tanto el rigor, que muchas monjas se volvieron locas en sus conventos y otras huyeron á regiones protestantes y de infieles. Renacieron las causas por volar y otros excesos. Cinco pobres mujeres florentinas y otras cinco romanas fueron quemadas públicamente por brujas. El Indice romano creció tanto que era inútil saber leer, porque casi todos los libros estaban prohibidos. Así fundó la grande unidad del mundo católico; así encorvó el pensamiento hasta someterlo á la Iglesia; así disciplinó á los príncipes civiles; así convirtió el clero á un riguroso ultramontanismo. Un acto de misericordia tan solo se cuenta en su vida; la intervencion piadosa en el ánimo desapoderado de Felipe II á favor del infeliz príncipe don Carlos. Un acto gloriosísimo resplandece con resplandor imperecedero en su vida; la batalla de Lepanto, el triunfo mayor conseguido por la cristiandad sobre los turcos. No puede negarse tampoco, sin notoria injusticia, que todo el excesivo rigor de sus decretos contribuyó á mejorar la vida y las costumbres de los clérigos. Aquel Papa de combate murió casi de pié. Sintiendo próximo á su postrer instante, recorrió las siete iglesias mayores de Roma, y besó la escala santa como si no tuviera ningún mal. El 21 de abril de 1572 se agravó su enfermedad, á consecuencia del extraordinario ejercicio hecho para visitar las iglesias. A pesar de esto, el 25 de abril asistió á la congregacion, que debia tratar de la liga cristiana contra el turco, y habló en ella, moribundo ya, con tanta vivacidad, que las sombras de la muerte, aglomeradas sobre su cabeza, daban á su lengua un movimiento que jamás le diera todo el calor de la vida. Por la noche de tan ocupado dia se redobló la fiebre y estuvo una hora como muerto. A pesar de esto, dejó la cama el 27 para tener una conferencia con el Duque de Urbino, quien pasaba á la sazón por el Vaticano, en uno de sus viajes. Esta temeridad le postró de suerte, que agonizó todo el dia 30, y murió el 1.º de mayo sin los sacramentos de la Iglesia. Dejóle al mundo establecida y vigorizada la reaccion religiosa. Pero qué cuenta le daría Pio al cielo de tantas vidas cruel-



*Gregorio XIII.*